

Rumano lengua románica.

A propósito de Marius Sala (2002): *Del latín al rumano*, Unión latina/Univers enciclopedic: París/Bucarest, pp. 194.

Carlos Garatea Grau

Pontificia Universidad Católica del Perú

Todos los manuales de historia de la lingüística coinciden en señalar a Friedrich Diez como fundador de la lingüística y filología románicas. Sus dos obras principales, *Grammatik der romanischen Sprachen* (1836-1843) y *Etymologisches Wörterbuch der romanischen Sprachen* (1853), ofrecen argumentos suficientes para valorar así el trabajo de Diez. Ambas obras sentaron las bases del desarrollo de la lingüística histórica durante el siglo XIX y, con los matices, correcciones y agregados del caso, también de buena parte de la investigación histórica de la lengua emprendida en el último siglo. El mérito de Diez está, sobre todo, en el método empleado: la observación rigurosa de los distintos niveles de la lengua. Pero el estudio de Diez no es un *islot* en el contexto general de la reflexión sobre el lenguaje si comprendemos las primeras décadas del XIX. Diez adaptó el método histórico-comparativo iniciado por Franz Bopp en el ámbito de las lenguas indoeuropeas (*Über das Conjugationssystem der Sanskritsprache in Vergleichung mit jenem der griechischen, lateinischen, persischen und germanischen Sprachen*, 1816) y por Jacob Grimm en el de las germánicas (*Deutsche Gramatik*, 1819), sin olvidar, por cierto, los estudios de Raynouard sobre el provenzal antiguo y la lengua de los trovadores (*Choix de poésies originales des Troubadours*, 1816-1821 y *Lexique roman*

ou dictionnaire de la langue des Troubadours, 1834-1844) ni los trabajos de Friedrich y August Schlegel (*Über die Sprache und Weisheit der Indier*, 1808, del primero, y *Observations sur la langue et la littérature provençales*, 1818, del segundo).

Esta serie de trabajos, cuya simple cronología podría dar la impresión de un desarrollo autónomo y, hasta cierto punto, natural a la historia de toda ciencia, está enmarcada en un conjunto de condiciones e inquietudes intelectuales que trascienden el estricto campo filológico, pero que, al mismo tiempo, lo alimentan con perspectivas e ideas surgidas en otras áreas del conocimiento. Los vasos comunicantes que unen toda actividad científica con otras dimensiones del saber y con los intereses y necesidades de la sociedad son más estrechos y fluidos de lo que muchas veces se está dispuesto a admitir. Esos lazos saltan a la vista cuando se asume una perspectiva histórica. Desde ella es posible dar cuenta –y explicar– los elementos involucrados en el desarrollo de cualquier ciencia, sobre todo en el campo de las ciencias humanas. La dificultad en apreciar estas relaciones, cuando el quehacer científico estudiado es contemporáneo al observador, es interpretada, con frecuencia, como indicio de haber alcanzado autonomía en la respectiva actividad y, por consiguiente, las innovaciones teóricas y metodológicas pasan a manifestar sólo la continuidad en el mismo tipo de trabajo y con el mismo objeto. Ésta es una verdad a medias. Es obvia la necesidad de mantener una misma línea de investigación para poder hablar de alguna innovación, pero ello no es sinónimo de autonomía científica, ni puede serlo en todos los casos. Toda actividad científica está integrada en contextos culturales y ella misma es expresión y resultado de una cultura. La dificultad está, pues, en la exigencia de distinguir el plexo de elementos involucrados en el estado actual del quehacer científico y, sobre todo, su inclusión en el conjunto de preocupaciones e intereses que marcan el compás de la vida social y de la cultura.

La obra de Diez, y con ella el nacimiento de la filología románica, muestra bien el entronque de un tipo de investigación con el contexto cultural alemán contemporáneo al autor. Hans-Martin Gauger (1982) ha distinguido cuatro condiciones que contribuyeron a la constitución de la lingüística histórica en esta época: la primera, el descubrimiento del sánscrito; la segunda, una disposición

afectiva por el pasado; la tercera, la emancipación del interés por la lengua misma; y, la cuarta, la constitución de una conciencia histórica, el establecimiento del historicismo. No tuvieron todas el mismo peso en la elaboración conceptual y metodológica realizada por Diez. En efecto, como afirma Gauger, las dos últimas condiciones tuvieron mayor relevancia que las dos primeras e, incluso, entre la tercera y la cuarta, ésta resulta de más trascendencia que la anterior. Con la emancipación del interés por la lengua, ella es aislada y asumida como objeto de estudio relativamente independiente de los aspectos que mantuvo la tradición humanista. El romanticismo alemán de fines del siglo XVIII e inicios del XIX hizo lo suyo: la lengua fue concebida como expresión del alma del pueblo. Esta premisa, que habría de proyectarse y reformar más tarde en el idealismo de inicios del siglo XX, sobre la base de otro fondo epistemológico, situó la observación del lenguaje en un extremo distinto a los criterios normativos y puristas del XVIII, fomentados en Alemania y, sobre todo, en Francia, Inglaterra y España.

La cuarta condición, es decir, la constitución de la conciencia histórica es, según Gauger, fundamental para la perspectiva filológica y lingüística iniciada por Diez. Ella no comprende sólo la admiración de los hechos del pasado ni una vocación irrefrenable por la historia, consiste, sobre todo, en que la conciencia de los hombres cultos adquiere una auténtica proyección histórica. Esto habrá de notarse en distintos órdenes del conocimiento y de la cultura: en la filosofía, en el derecho (Savigny), en el arte e incluso en la música: Bach —precisa Gauger— es redescubierto en esta época. Es oportuno recordar que Vico había puntualizado ya la importancia de la historia y que gracias a Hegel el fenómeno histórico adquirió lugar principal en la reflexión del europeo culto. El contexto cultural favorece, así, una concepción del hombre asentada en un amplio y complejo dominio. Se asume que el hombre está determinado, en mucho, por su historia y por el conjunto de elementos existentes en su momento histórico. Se establecen, entonces, dos ejes simultáneos en la reflexión: por una parte, aquél que coincide con la proyección de la existencia de cada hombre en el tiempo y, por otra, aquél que sitúa al hombre en su entorno inmediato. Son supuestos que alcanzan la comprensión de todo fenómeno, incluyendo, por cierto, la lengua. Conocer un fenómeno, es decir, penetrar en su realidad,

para luego elaborar una explicación sobre su individualidad, supone comprenderlo históricamente. En otras palabras: "Comprender un fenómeno históricamente significa juzgarlo desde su propio punto de vista; significa, pues, relativización, renuncia a una norma absoluta, es decir, a una norma independiente de la historia" (Gauger 1982, 82).

La lingüística histórico-comparativa y, poco después, la filología románica surgen favorecidas por estas condiciones. Ellas conducen el estudio de las lenguas desarrolladas a partir del latín y contribuyen a un marcado interés por la configuración histórica de cada una de las lenguas románicas, por la descripción de sus características, de sus formas gramaticales, de los procesos comunes y de aquellos que diferencian a una de las otras. La perspectiva histórica se enlaza así con la comparativa y, ambas, a su vez, con el contexto intelectual de la época. Será el contrapeso metodológico entre ambas perspectivas el que, finalmente, asegure la comprensión y descripción de cada lengua románica en su genuina entidad. No es, pues, efecto del azar que Diez inicie su *Grammatik* (cit. Tagliavini 1973/1993, 58) con lo siguiente:

Seis lenguas romances atraen nuestra atención, sea por su originalidad gramatical, sea por su importancia literaria: dos al este, el italiano y el vólaco [=rumano]; dos al sudeste, el español y el portugués; dos al nordeste, el provenzal y el francés; todas tienen en el latín clásico su primera y principal fuente; mas no en el latín clásico usado por los autores sino, como se ha dicho repetidas veces y con razón, en la lengua popular de los romanos, que se empleaba al lado del latín clásico.

Ahora bien, ¿por qué iniciar esta nota con una apretada síntesis sobre el surgimiento de la filología románica? La razón va de la mano con el trabajo de Marius Sala, *Del latín al rumano*, motivo de estas páginas. No se piense que pretendo forzar la perspectiva metodológica de Sala para identificarla, sin mayor preámbulo, con los planteamientos y las condiciones antes mencionados, como si el desarrollo teórico y metodológico de la lingüística general y, en particular, de la filología románica se hubieren anquilosado. Entre las hipótesis y descripciones de Diez y el estado actual de la investigación media un constante intento de enriquecimiento, renovación y

cambio tanto en el orden conceptual y epistemológico como en el modo de aproximarse a la lengua para comprender su funcionamiento y explicar sus mudanzas. No debe olvidarse la búsqueda de las regularidades fonéticas que formalizaron los neogramáticos; la importancia de la dimensión espacial para comprender la variación que demostró la dialectología; el idealismo acentuó el interés por la creatividad y la libertad de los hablantes; Saussure enfatizó la dimensión sincrónica de la lengua mediante una serie de consideraciones teóricas que promovieron cierto distanciamiento del historicismo precedente, y que, en otro contexto, alentó Bloomfield; el estructuralismo afianzó el carácter sistemático de la lengua; el generativismo situó su objeto de estudio en el ámbito psicológico y promovió una marcada distancia con el interés por la diacronía; el funcionalismo y, más tarde, la lingüística cognitiva introdujeron nuevos criterios en la observación y evaluación de los hechos de lengua; la sociolingüística subrayó la dimensión social del lenguaje; y la pragmática, la lingüística del corpus, el análisis del discurso, la lingüística del texto y toda una serie de otras hipótesis han ampliado el horizonte de trabajo en el campo del lenguaje. La filología románica ha acusado recibo de muchas de estas perspectivas y ha sabido incorporar aquellos criterios teóricos y metodológicos que le permiten acercarse renovada al estudio de lenguaje. Pero hay un criterio que ha permanecido y que, sin duda, determina una característica fundamental: la filología románica es esencialmente histórica y, por ello, el cambio lingüístico, la historicidad del lenguaje y los textos son preocupaciones fundamentales en la investigación.

Del latín al rumano, libro traducido ya al francés (París: L'Hartmann, 2001) y al japonés (Osaka: Universidad Osaka, 2001) y dirigido al público general, está, sin duda, enmarcado en una concepción claramente románica y filológica. Desde el título, que en el mundo hispánico recuerda la traducción de Paul M. Lloyd *Del latín al español* (Madrid: Gredos, 1993), el lector tiene una idea de la orientación del libro. El autor se encarga de situar tanto los objetivos del texto, como los criterios metodológicos, en las primeras líneas de su introducción. Para demostrar cómo se llegó del latín al rumano, Sala opta por “la comparación sistemática de la evolución del rumano con la de los demás romances”, sin limitarse a “indicar la forma en que la estructura latina se transmitió al rumano, sino que en cada

caso –dice el autor– he subrayado los elementos de esta estructura que existen en las demás lenguas románicas” (7). No es necesario insistir en que este trabajo está situado en la perspectiva metodológica iniciada por Diez. Sí vale la pena decir que ciertos pasajes del cuerpo central del libro hacen extrañar mayores precisiones bibliográficas o referencias más puntuales a las obras y a los autores que se mencionan; pues, no obstante que el texto está pensado para un público no especializado, las referencias podrían haber colaborado con quienes quisieran profundizar en alguno de los cientos de datos y hechos históricos incluidos en el desarrollo del trabajo. Un objetivo parecido, con abundante y rica información lingüística, literaria e histórica pero circunscrito al español, tuvo Antonio Alatorre en *1001 años de la lengua española* (México: FCE/El Colegio de México, 1989), libro usado hoy, como material de consulta, por quienes se inician en el estudio de la historia del español.

Es de notar que Sala empalma su perspectiva metodológica con dos conceptos fundamentales del *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure: por una parte, el carácter estructural y, por otra, el aspecto social de la lengua (11). Dos cuestiones centrales en las tesis del ginebrino, y cuya aplicación en los estudios diacrónicos ha ofrecido valiosos resultados, pero, al mismo tiempo, ha promovido una serie de enmiendas y ampliaciones teóricas, con la finalidad de dar cuenta del cúmulo de factores involucrados en el cambio lingüístico. Cierta estructuralismo europeo –y también norteamericano– concentró sus hipótesis y la observación de los fenómenos en un sistema lingüístico fuertemente homogéneo e idealizado, ajeno a las situaciones de enunciación, a las condiciones comunicativas y a las necesidades expresivas de los hablantes, premisas cuya consecuencia trajo consigo que el cambio lingüístico fuera concebido y explicado sólo en términos de compensaciones al interior de una estructura previamente diseñada. No creo que Sala desconozca estos problemas. La mención a Eugenio Coseriu en esta parte del trabajo así lo indica. Coseriu supo abrir los rígidos parámetros del estructuralismo más radical mediante un conjunto de razonamientos de tipo funcional. Aunque Coseriu no rompe del todo con el estructuralismo, sus hipótesis sobre el cambio lingüístico, en especial las reunidas en *Sincronía, diacronía e historia* (1978), establecieron una serie de conceptos que permitieron comprender el cambio y la historia de la

lengua con nuevos criterios. En la actualidad, un sector de romanistas alemanes explora teórica y empíricamente el alcance de las hipótesis de Coseriu, y, con frecuencia, ellas son punto de partida para la elaboración de nuevas líneas de trabajo; sucede lo mismo en parte de la lingüística hispánica (cf. los trabajos citados en la bibliografía final).

Que en este orden de cosas Sala subraye el carácter social de la lengua, no sólo es un indicador de que su concepto de estructura difiere del postulado por el estructuralismo clásico, sino que, a la vez, expresa que su concepción de la lengua es más amplia, capaz de mantener integrados los hechos de lengua con los fenómenos sociales, históricos y culturales del pueblo rumano. No creo, sin embargo, que esta perspectiva –con la que coincido– se desprenda del *Curso* de Saussure, como afirma Sala (12). Pienso que, no obstante las constantes menciones a la dimensión social de la lengua, Saussure tuvo una concepción más estrecha del carácter social de los fenómenos lingüísticos, limitada, más bien, al conocimiento común del sistema, adquirido en el contacto con los demás miembros de la comunidad y cuya principal manifestación es el habla y el entendimiento recíproco. No encuentro que Saussure haya pretendido integrar los hechos de lengua con los fenómenos sociales, en sentido amplio, como, en cambio, sí hace Sala, a lo largo de las páginas de su libro. A mi juicio, la idea del autor de *Del latín al rumano* es próxima a una sociolingüística histórica y cualitativa, tal como, sin usar este membrete, se suele mantener en el campo de la historia de la lengua. *Orígenes del español* de Menéndez Pidal (1926) es el mejor ejemplo de ello en la filología hispánica. Pero este tipo de concepciones –insisto– no corresponde a los planteamientos de Saussure, sino al desarrollo posterior de la investigación, aunque pueden encontrarse sus antecedentes en algunos razonamientos de Humboldt, Paul, Schuchardt, Ascoli y, en cierta medida, también en Vossler.

En la primera parte del libro, *Consideraciones generales* (10-37), Marius Sala recuerda el proceso de romanización de la Dacia (12-14). Como se sabe, después de la conquista de Cartagena (133 a. C.), Roma logró extender sus dominios en casi toda la cuenca del Mediterráneo. El final de la expansión romana coincide con el término del reinado de Trajano, en 117 d.C; una de las últimas regiones que sometió este gran organizador del Imperio fue la Dacia, en 106 d.C,

región abandonada en el 271, durante el gobierno de Aureliano. Es indudable que, al igual que ocurrió en los demás territorios dominados, el latín penetró en esta región del Danubio junto con la nueva administración, el ejército y los colonos, obligando a una parte de las poblaciones originarias a adoptar una segunda lengua. Era el único medio de comunicación que les ofrecía la posibilidad de relacionarse con el nuevo orden social, tanto en el ámbito cultural y político, cuanto en el comercial. El latín, dice Sala (13), desplazó lentamente a las lenguas autóctonas. Al principio, según el autor, éstas restringieron su uso y, más tarde, cedieron su radio de acción al latín que se convirtió, poco a poco, en la lengua de mayor uso y prestigio, como sucedió también en la mayoría de las regiones ocupadas por el Imperio. De manera que, este proceso de desplazamiento de las lenguas, por decirlo así, autóctonas, no es exclusivo de las *provincias danubianas romanizadas* sino, más bien, común a todas las poblaciones cuyos territorios fueron sometidos por la fuerza y el prestigio romanos.

Pero ¿cuál era ese pueblo autóctono y qué lengua hablaba? No se trata de una pregunta cuya validez esté restringida a la historia del rumano. Ella ha sido punto de partida para cientos de investigaciones en el contexto general de la Rumania, para la determinación de posibles influjos de sustrato, para el desarrollo y aplicación de la lingüística histórico comparativa y, dicho sea al pasar, también para el estudio de los procesos que contribuyeron a formar las modernas entidades nacionales y sus respectivos caracteres. Todos los casos, salvando, por cierto, las evidentes diferencias en los resultados y los problemas metodológicos, coinciden siempre en un implícito interés por precisar continuidades históricas, es decir, por reconstruir los eslabones que unen un pasado remoto con un presente bien conocido y estudiado. Y en este propósito, la ausencia de datos confiables, la falta de información escrita o de testimonios directos o indirectos, ha favorecido que, a veces, se elaboren intrincadas y polémicas hipótesis o que se postulen conceptos metodológicos que permiten suplir el vacío documental; ejemplo de lo primero, en el caso del español, es la controvertida hipótesis del influjo osco-umbro y la colonización suditálica, y de lo segundo, también en la historia de español, es el concepto de *estado latente* propuesto por Menéndez Pidal.

Cuando Sala se plantea la pregunta antes citada (14), afirma que los antiguos habitantes de la Dacia pertenecían a un grupo étnico conocido con el nombre de geta-dacios, denominación que debe su primer extremo, geta, a la documentación griega, mientras el segundo, dacios, a la romana. Se trata de una población que ocupó los territorios comprendidos entre el bajo Danubio, el Mar Negro y los Montes Balcanes, alrededor de 600 a.C. Ella hablaba el dacio o, según otros autores, el traco-dacio, lengua indoeuropea, perteneciente a una rama distinta del latín. Como sucede con otras lenguas primitivas occidentales, se sabe muy poco sobre el dacio, al margen de ocasionales inscripciones en griego o en latín y no hay testimonios escritos de primera mano. Sin embargo, sobre la base de una hipótesis sustratística, frecuente en los trabajos de reconstrucción de lenguas, asume Sala que las modificaciones sufridas por el latín en dicha región se deberían, en principio, al sustrato traco-dacio (16). Una vez transformado el latín en rumano, a mediados del siglo VIII, época de la fragmentación de la lengua imperial, se constituyó el pueblo rumano, “siendo –afirma Sala– el elemento idiomático el factor determinante a la hora de fijar los rasgos característicos a través de los cuales el nuevo pueblo se distinguiría de las poblaciones vecinas” (17). Con esta afirmación de carácter lingüístico y étnico, el autor establece dos niveles en su análisis que mantienen una relativa independencia entre sí: por una parte, en lo lingüístico, el rumano es una lengua formada a partir del latín y, por otra, en lo étnico, el pueblo rumano resulta ser un pueblo nuevo, distinto a los romanos y dacios, que no excluye la mezcla en su base sino que, más bien, la asume como expresión de las relaciones con los pueblos vecinos, sobre todo con los eslavos y los germanos (Ibid.). En otras palabras: el autor niega en los orígenes del rumano la mezcla de lenguas y reduce el surgimiento de esta lengua a un proceso exclusivamente lingüístico, a saber, la evolución del latín; en cambio, para los orígenes del pueblo rumano sí acepta la mezcla, étnica, y, además, en este caso, la lengua habría actuado como factor de cohesión.

La marcada distancia que establece el autor en el pasaje citado entre lo lingüístico y lo étnico y que le permite entroncar al rumano con el latín me sugiere algunas preguntas, cuyas respuestas seguramente escapan a los propósitos de *Del latín al rumano*. ¿Por qué des-

cartar la posibilidad de mezclas de lenguas en los orígenes del rumano? Es perfectamente posible que, durante el período de formación del rumano, al tiempo que el dacio era desplazado por el latín y se consolidaba el dominio romano en la región, la población autóctona y los nuevos habitantes mantuvieran relaciones con otros pueblos y que, por ello, el latín hablado en la región recibiera también influencia de otras lenguas, lo que no modifica el indudable parentesco del rumano con el latín, sino, tan sólo, amplía la base lingüística sobre la que florece y se define esta lengua románica. La propia hipótesis del sustrato dacio apunta en ese sentido. Sucede lo mismo en lo que concierne al contacto con los germanos y eslavos, durante el período de formación del pueblo rumano. No se trata de afirmar que el rumano es una lengua producto de una mezcla de lenguas, en sentido estricto. Quiero únicamente matizar aquí la cerrada afirmación del autor acerca de que: “El proceso de formación del rumano no tiene como base una mezcla de lenguas; el rumano es el resultado de la evolución del latín” (Ibid.). Pues, ¿cómo conjugar esta perspectiva del autor con su concepción teórica, comentada páginas atrás, según la cual concibe la lengua como hecho social? Además, ¿hubo una extensión homogénea del latín en todos los niveles y funciones de la vida social, es decir, el latín fue adoptado por igual y con el mismo grado de dominio por todos los pobladores, al margen de sus diferencias sociales y culturales y de su respectiva cercanía o lejanía con respecto a la administración y el poder romanos? y ¿cuáles fueron las características del espacio comunicativo en cuestión durante el tiempo anterior a la fragmentación del latín como lengua del Imperio?

Ahora bien, Sala recuerda que “la continuidad del latín en la Dacia” es un conocido problema lingüístico e histórico (18), motivado por la ausencia de testimonios escritos que permiten conocer lo que sucedió en esta región (19). Sin embargo, como afirma el autor, hay una serie de datos seguros que refuerzan la hipótesis de la continuidad, en cuya exposición Sala muestra al lector la relevancia de un conjunto de hechos, en principio extralingüísticos, que evidencian cómo la historia de una lengua está hermanada con la historia de su comunidad de hablantes. Uno de ellos es que la Dacia fue una provincia romana durante 165 años (106-271), tiempo relativamente breve en comparación con lo sucedido en otros territorios europeos.

Sin embargo, su contacto con el mundo romano habría empezado antes de su incorporación efectiva al Imperio, tanto por la conquista de algunas provincias vecinas, como por el uso comercial del Danubio (Ibid.). Con la romanización de la Dacia habrían contribuido: la colonización masiva con personas de todas las provincias romanas, el numeroso ejército empleado en la conquista y ocupación, la vida urbana y rural desarrollada de manera parecida a Occidente (acueductos, termas, foros, anfiteatros, etc.). Además, se han encontrado restos arqueológicos que probarían que, al menos, hasta la devastadora invasión de los hunos (376), la vida continuó a la manera romana más allá del 271. Para esto, dice Sala, “el factor decisivo fue la lengua latina, la lengua del Imperio, opuesta a la de los ‘bárbaros’, y, después del siglo III, la lengua del cristianismo, opuesta a la de los paganos” (22). La conclusión es clara: la romanidad se mantuvo luego del retiro de la administración y del ejército romanos y, por consiguiente, según Sala, es posible aceptar la mencionada continuidad.

Una vez expuestos los argumentos anteriores, el autor pasa revista a los hechos y razonamientos con los que se cuestiona la hipótesis de la continuidad. Así, por ejemplo, comenta el supuesto abandono de la Dacia por la población romanizada cuando se retiró la administración romana (23-24) y esboza una explicación acerca de las razones que contribuyeron con el silencio de las fuentes históricas sobre la población asentada al norte del Danubio (25-26). Con el mismo propósito, Sala se detiene a comentar la ausencia de denominaciones latinas en los nombres de las ciudades (26). Atribuye esta ausencia a la invasión de los hunos, quienes destruyeron los grandes asentamientos romanizados, lo que no ocurrió al sur del Danubio, gracias a la fuerte resistencia que opusieron a los invasores. Un caso distinto es el del nombre de los ríos. Por ejemplo, *Mureș*, *Olt*, *Timiș*, *Criș*, *Someș*, *Ampoi*, *Argeș* y *Buzău* tienen un gran parecido con formas traco-dacias, lengua que sufrió algunos cambios fonéticos en su período tardío (p.e: $a > o$: *Alutus* > *Olt*, $s > ș$: *Crisos* > *Criș*) (27), fenómenos que refuerzan la hipótesis en cuestión. De la misma población, señala el autor, procede el nombre rumano del río más importante de la región: *Dunăre* (lat. *Danubius*, *Danuvius*).

Entre los argumentos contrarios a la citada hipótesis, el más polémico es “la ausencia de huellas *indiscutibles* de elementos germánicos

antiguos en rumano” (Ibid.), directamente vinculado con el razonamiento de Sala sobre el origen del rumano, comentado páginas atrás. El autor advierte que no es posible comparar la influencia de los germanos en Occidente con lo sucedido en Oriente. En Occidente el contacto duró varios siglos (II-V y VIII-X), mientras que, en Oriente, los germanos desaparecen después de los siglos V-VI (28). La fuerza de la influencia germana en Occidente –recuerda Sala– se aprecia, por ejemplo, en la existencia de una provincia, al oeste del Rin, llamada Germania; incluso, gracias al contacto con el latín, penetraron voces como *Caesar*, *moneta*, *strata* (al. Kaiser, Münze, Strasse) o nombres de ciudades: *Colonia* > *Köln*, *Confluentes* > *Koblentz* (Ibid). Los siglos de contigüidad entre ambas lenguas, en sus dos etapas, produjeron “un bilingüismo activo, condición básica para que las lenguas en contacto se interfieran” (29), y cuyo reflejo principal es la cantidad de palabras germanas que tienen las lenguas romances occidentales. En la Dacia, los godos permanecieron menos tiempo. Recuerda Sala que estuvieron sólo 2-3 siglos y luego, con la invasión de los hunos, marcharon hacia el sur. Para el autor, este hecho mostraría que, en esta región, el contacto fue distinto al que ocurrió en Occidente y “no se caracterizó por un bilingüismo activo”, razón, entonces, para concluir que “la ausencia de elementos góticos en el vocabulario del rumano se explica por la ausencia de un contacto intenso entre los dos idiomas” (Ibid.).

Sin duda, es un asunto polémico. Aunque la cuestión temporal tiene notable relevancia para asumir un posible período de bilingüismo, es igualmente relevante la intensidad del contacto, pero ambos criterios no son equivalentes ni tienen igual alcance al momento de definir una posible área bilingüe o establecer posibles influencias entre dos o más lenguas. ¿Cuánto tiempo es necesario para que un contacto de lenguas produzca un contexto bilingüe? ¿Es suficiente un siglo o es necesario que, al menos, sean más de tres? ¿Por qué es necesario supeditar la influencia entre dos lenguas que se encuentran en el espacio a un bilingüismo activo? ¿Por qué no basta con bilingües incipientes o sólo con la contigüidad? Es claro que a mayor extensión temporal existen mejores argumentos para postular y aceptar una situación de bilingüismo, como la sugerida por Sala. Otra cosa es la intensidad del contacto. Ella implica consideraciones de carácter social, de funcionalidad en el espacio comunicativo in-

mediato, de frecuencia de uso, de necesidad y utilidad expresiva, de prestigio, etc. De manera que, si dos lenguas entran en contacto durante un tiempo relativamente breve, como los dos o tres siglos señalados por Sala, pero la intensidad del contacto es fuerte y sostenida, no encuentro razón para descartar posibles influencias entre las lenguas involucradas, al margen de que se genere un contexto de activo bilingüismo. El problema es complejo. Sólo el conocimiento de las características del espacio comunicativo anterior a la fragmentación del latín y el grado de presencia social y cultural de las poblaciones que entraron en contacto en la zona, contribuirá a fortalecer la hipótesis de la continuidad o su contraria, al menos en lo referido a posibles influencias lingüísticas. Pero, sea una u otra la hipótesis que resulte fortalecida, el carácter románico del rumano permanecerá fuera de toda duda. Los datos y los cientos de ejemplos expuestos por Sala, siempre comparados con sus equivalentes en otras lenguas románicas, son el mejor testimonio del fondo latino que históricamente une y explica al rumano en el conjunto de lenguas neolatinas.

En este sentido, es interesante apreciar algunas voces panrománicas (38-41): *apă* “agua”, *argint* “plata”, *cămașă* “camisa”, *cină* “cena”, *crud* “crudo”, *curea* “correa”, *făină* “harina”, *fereastră* “ventana”, *fier* “hierro”, *fir* “hilo”, *floare* “flor”, *iarbă* “yerba”, *iederă* “hiedra”, *lună* “luna”, *lup* “lobo”, *mare* “mar”, *marmură* “mármol”, *mintă* “menta”, *muscă* “mosca”, *pâine* “pan”, *pește* “pez”, *poartă* “puerta, portal”, *porc* “puerco”, *stea* “estrella”, *undă* “onda”, *veșmânt* “vestimenta, vestido, traje”, *viespe* “avispa”, *vin* “vino”. Hay, por cierto, palabras que se distribuyeron de manera distinta en la Rumania; en las áreas laterales, por ejemplo, *frumos* en rumano, *hermoso* en español y *formoso* en portugués; *fierbe* se da en español, *hervir*, y en portugués, *ferver*, otras veces sólo en rumano y francés, *mânca* “comer” y *manger* (41). En otros casos, se han conservado voces latinas sólo en rumano, como *dezmierda* “acariciar”, *legăna* “mecer, balancear”, *plăcintă* “pastel, hojaldre”, *plăsa* “aplaudir”, *treaptă* “peldaño”. Algunas palabras se conservaron en rumano por vía popular mientras que otras lenguas románicas parecen haberlas tomado del latín culto: rum. *ager* “ágil, vivo, espabilado”, fr. *agile*; rum. *cântec*, fr. *cantique*, it. *cantico*, esp. *cantiga*; rum. *creștin*, fr. *chrétien*, it.y esp. *cristiano*, port. *cristão*; rum. *împărat*, fr. *empereur*, it. *imperatore*, esp. *emperador*, port. *imperador* (42).

El mismo interés despiertan voces latinas que desaparecieron sólo en rumano por razones históricas y culturales. En el campo de la navegación, por ejemplo, el rumano tiene sólo *luntre* “bote” procedente de lat. *lunter*, y los animales acuáticos reciben sólo la denominación genérica *pește* “pez” proveniente de lat. *piscis*. Se han perdido, en estos dos campos, voces conservadas en las demás lenguas románicas como *ancora* “ancla”, *navis* “nave”, *portus* “puerto”, *ballæna* “ballena”, *puppis* “popa”, *uelum* “vela”. Este tipo de pérdidas léxicas ocurrió también en el orden del vocabulario cristiano: Sala señala que se conservaron voces consideradas fundamentales (lat. *crucem* > rum. *cruce* “cruz”, lat. *christianus* > rum. *creștin* “cristiano”; lat. *paganus* > rum. *păgân* “pagano”, lat. *legem* > rum. *lege* “ley”, lat. *scriptura* > rum. *scriptură* “sagrada escritura”) pero se perdieron las referidas a la organización eclesiástica (p.e. *abbas* “abad”, *monachus* “monje”, voces panrománicas) (44). En este puñado de ejemplos que ofrece Sala hay un rico material de estudio para la historia del rumano. Ellos deberían ser analizados en sus respectivos contextos históricos y culturales, de manera que sea posible conocer los factores que contribuyeron con la pérdida y, tal vez, también con la conservación de las formas léxicas citadas y de otras omitidas en este comentario. Ignoro si esta tarea ya ha sido realizada. Sin embargo, me parece oportuno añadir que estos fenómenos diacrónicos están firmemente enlazados con la historia del pueblo rumano y con su entidad social y cultural, porque en ellos interviene un modo de concebir y establecer su relación con el mundo latino y de constituir su identidad.

Para demostrar la importancia del léxico heredado del latín, Sala ofrece una extensa lista de vocablos referidos al cuerpo humano (47-71), sobre la base de un análisis onomasiológico, expuesto a manera de inventario y dividido en campos semánticos. No tengo espacio para comentar los problemas teóricos y metodológicos que, en ocasiones, ha traído consigo esta perspectiva de estudio (cf. especialmente Baldinger, *Teoría Semántica*, Alcalá: Madrid, [1970]1977 y el artículo de Heger: “Las bases metodológicas de la onomasiología y de la clasificación por conceptos”, id. *Teoría semántica II*, Alcalá: Madrid, 1975, 1-32. Ver bibliografía final). Sala presenta cada voz acompañada de su correspondiente panrománico y, cuando le parece oportuno, agrega algún dato sobre posibles cambios semánticos,

los que, en ciertos casos, merecerían mayor detalle. Tomo algunos ejemplos al azar: *bărbat* “hombre” (<lat. *barbatus*, existente en otros romances, con el sentido etimológico de “barbudo”; el sentido rumano está atestiguado en latín) (48); *bucă* “mejilla, cachete, nalga” (<lat. *bucca*, panromance; el sentido latino de “boca” existió también en rumano – cf. *bucată* “pedazo”, *îmbuca* “embuchar, comer, probar alguna comida, picar”). El sentido actual de “mejilla” existe en latín y aparece también en derivados como *bucălat* “cachetudo, mofletudo; gordo”, *bucos* “cachetudo”) (49); *falcă* “mandíbula, quijada” (<lat. *falcem*, panromance; el sentido latino “tajadera” se conserva en otros romances. El cambio semántico en rumano se explica posiblemente por la forma característica de la quijada. En cuanto a la forma *falcă* por *falce*, que hubiera sido normal, puede deberse a una reconstitución según el plural *fălci*, o a una forma latina no atestiguada **falca*) (50); *nară* “(ventana de la) nariz” (<lat. *nares*, panromance; el sentido dialectal de Transilvania “nariz” existe también en español) (Ibid.); *rărunchi* “riñones” (<lat. **renunculus*, conservado en sardo y dialectalmente en francés; se ha producido una confusión con *rărunchi* [<lat. *ranunculus*, nombre de una planta, “lisimaquia”]. Es de notar que hay dos términos para los “riñones”, con distribución geográfica distinta: en Valaquia, *rinichi* (<lat. *reniculus*), y, en el norte, *rărunchi*; para S. Pușcariu, *rinichi* habría llegado del sur del Danubio) (52); *picior* “pie, pierna” (lat. *peciolus*, diminutivo de *pes* “pie”, perdido en rumano) (54); *via* “vivir” (<lat. *uiuere*, voz extendida en la Rumania. En rumano está documentada en la lengua antigua, rara vez en los dialectos) (63).

Al comparar el léxico del rumano con los demás romances, muestra Sala casos de desarrollos semánticos aproximados o, si se prefiere, paralelos, en más de una lengua románica y otros que son innovaciones rumanas. Ejemplo de lo primero es el sentido regional “recoger, cosechar” de la palabra rumana *ajunge* “llegar” (*ajunge-mi căteva prune din pom* “cógeme algunas ciruelas del árbol”). Coseriu encontró en este uso cierto paralelismo con el verbo español *alcanzar* “coger algo con la mano” y con el italiano *raggiungere* “arrivare a cogliere” (79). El segundo caso, las innovaciones rumanas, puede apreciarse en *albastru* “azul” < lat. *albaster* “blanquecino” que en los dialectos italianos meridionales tiene el sentido de “blanco y negro”; *inimă* “corazón” < lat. *anima* “soplo, viento”, voz conservada en to-

dos los romances con este sentido y cuyo sentido rumano aparece ya en una glosa de Toledo [sic.]: *animus* “corazón”. El antiguo sentido, “alma” se mantiene en el derivado *inimos* “que participa con el alma” y en una frase como *om fãrã inimã* “hombre desalmado” (80).

Como prueba de la estrecha relación entre la historia del léxico y las características sociales y culturales del entorno, analiza el autor de *Del latín al rumano* algunos casos cuyo interés toca, por cierto, al conjunto de lenguas románicas. Uno de ellos corresponde a la pérdida del término latino *uia* (93) que sí mantuvieron las demás lenguas neolatinas. Sala enmarca su explicación en el modo de vida de la gente, sobre todo en aquellos que habitaron en las montañas. Es cierto que muchos términos latinos vinculados con la noción de “camino” se perdieron en otras lenguas románicas: *trames* “camino con vueltas, sendero”; *deuerticulum* “rodeo”, *meatus* “vía, acequia”, *angioportus* “callejuela, callejón sin salida”. Pero todas, salvo el rumano, conservaron *uia*. Sala recuerda que, según Pușcariu, durante el Imperio, las carreteras que unían las grandes ciudades dejaron de tener un papel importante para los pobladores. En lugar de *via*, el rumano emplea *cale*, tomado del latín *callis*, existente también en otros romances, pero en rumano se usa con el sentido latino de “sendero en las montañas o bosques”. Junto a *cale*, el rumano usó *cãrare* “senda, sendero” (<lat. *carraria* “camino para carros”), referido al camino angosto de las montañas. Es probable, dice Sala, que de la misma manera se explique la existencia de *plai* “camino angosto que cruza el bosque en la vertiente de un monte” (tal vez del lat. *plagiis* “margen, cuesta”). El rumano tomó prestados, posiblemente del griego y del eslavo, *drum* “camino” y *potecã* “senda”; el primero reemplazó en mucho a *cale*, que limitó su uso al sentido figurado de “dirección”, “método”.

En otro nivel de análisis, Sala dedica la tercera sección de su libro a la formación de palabras (120-135). El autor se concentra en aclarar cuándo una palabra puede considerarse derivada del latín, los tipos de derivación y composición. El capítulo siguiente, el cuarto, está dedicado a la morfología (136-159). En esta parte, Sala describe, por ejemplo, la posición enclítica del artículo en rumano (*a* de *casã* y *l* de *omul*), a diferencia de las demás lenguas románicas en las que tiene una posición proclítica; también comenta la evolución del condicional (o potencial) y del futuro analítico. Al tocar el perfecto com-

puesto resalta Sala el carácter innovador de este tiempo en la Rumania y nota la coincidencia del rumano con otra lengua periférica en el contexto románico, el español, ambas lenguas recurrieron a un verbo auxiliar, *habere*: rum. *avea* – *am cântat* “he cantado”, esp. *haber* – *he cantado*, mientras que en las zonas centrales se emplearon dos verbos (it. *avere/essere*, fr. *avoir/être*) (139). Atiende el autor la flexión casual, el plural, el adjetivo, el comparativo, el pronombre y el verbo, entre otros aspectos morfológicos.

Algunos rasgos del rumano inexistentes en los demás romances son: la ausencia obligatoria del artículo definido tras preposición (*pentru casă* “para la casa”), salvo con la preposición *cu* “con” (*cu trenul* “con el tren”) o cuando el sustantivo aparece seguido de un determinante (*pentru casa universitarilor* “para la casa de los universitarios”) o se trata de un sustantivo referido a personas (*pentru tata* “para el padre”); el uso del artículo definido con nombres de ciudades (*Paris: Parisul* “el Paris”); la existencia de formas particulares para marcar el genitivo y el dativo en los nombres propios de personas (*casa bărbatului* “la casa del hombre” pero *casa lui Ion* “la casa de Ion”); el uso del adverbio para expresar que se “habla un idioma” (*a vorbi românește* “hablar rumano”) (157); las dos posibilidades para expresar posesión con la tercera persona del singular (*copilul său* “su hijo” pero también *copilul lui/ei* “su hijo de él/de ella”) (158).

Al inicio de las páginas dedicadas a la *Sintaxis* (160-167), menciona Sala que, en toda la Rumania, se han conservado dos conjunciones copulativas *et* (rum. ant. *e*, it., port. *e*, fr. *et*, esp. *y*) y *nec, necque* (rum. *nici*, it. *nè*, fr., esp. *ni*, port. *nem*); y sólo una conjunción disyuntiva *aut* (rum. ant. *au*, it., cat., esp., *o*, fr. port. *ou*). No se conservaron conjunciones adversativas que puedan ser consideradas panrománicas. En lo referido a las formas subordinantes, todos los romances mantuvieron *quando* (rum. *când*, it., port. *quando*, fr. *quand*, esp. *cuando*) y *quomodo* (rum. *cum*, it. ant. *como* > *come*, fr. *comme*, esp. port. *como*). Es posible añadir *si*, panromance (rum. *să*, it. port. *se*, fr. esp. *si*) sólo que el rumano cuenta con más usos que el resto de los romances (161). Es de notar que, en el ámbito de la subordinación, destacan también, aunque con una extensión más limitada, *quia* (rum., it. ant., esp. ant., port. ant. *ca*) y *quod* (rum. *că*, dial. it. merid. *ko*). Además de las conjunciones subordinantes latinas, simples y compuestas, el rumano posee formas innovadoras: *ăci* “porque,

puesto que”, *dacă* “si”, *deși* “aunque”, *până* “hasta que” (< lat. *paena* + *ad*); y algunas locuciones con valor de conjunción: *măcar că* “aunque”, *chiar dacă* “aún cuando, aunque”, *pentru că* “porque”, *din moment ce* “ya que, desde el momento [en] que”, *atunci când* “[entonces] cuando” (162). Un caso particular, recogido en *Del latín al rumano*, es la evolución del adverbio latino *magis*, que, en todos los romances, salvo en rumano, del sentido “antes bien” pasó a “pero”. Es la conjunción adversativa típica (it. *ma*, fr. *mais*, esp., port. *mas*). El mismo valor adversativo poseen las formas románicas provenientes del lat. *per hoc*, **por hoc* (it. *però*, esp., port. *pero*). A estos valores corresponde en rumano *dar e iar* “pero, mas”, *însă* “pero” (lat. < *ipsa*), *ci* “sino” procedente del pronombre *ce* “que” (161).

Por otra parte, Sala muestra que tanto el rumano como las lenguas iberromances introducen el objeto directo con una preposición (*pe* en rumano, *a* en los iberromances y en sardo), por lo general, ante nombre de persona: rum. *o văd pe mama* “veo a mi madre”, *il văd pe Petru* “veo a Pedro”, esp. *he visto a Pedro*, port. *vi-o a ele na praça*, sard. *abbo bisto a mamma*) (163). En cuanto al orden de palabras, como se sabe, las lenguas románicas tienen relativa libertad. El rumano ha conservado la enclisis para el adjetivo posesivo (*casa mea*) como en latín (*frater meus*). En los demás romances, el adjetivo posesivo suele preceder al sustantivo (it. *la mia casa*, esp. *mi hermano*, port. *a minha amiga* pero también it. *la casa mia*, esp. *el hermano mío*, lo que no es posible en francés, por la obligatoriedad de posesivo + sustantivo) (165).

En lo referente a la fonética y la fonología rumanas, descritas en última sección del libro (168-185), recuerda Sala que la evolución fonética no fue igual en todas las lenguas románicas. El sistema vocálico del español es, por ejemplo, el más reducido, con sólo cinco vocales; en cambio, el rumano, tiene un sistema compuesto por 7 unidades /*a, e, i, ă, î, o, u*/, como el italiano y el catalán, no obstante que éstas tienen dos vocales medias abiertas distintas, o el portugués, que posee una vocal neutra, mientras que el francés tiene 15 fonemas vocálicos (172). Sala dedica un espacio a *ă*, una de las vocales características del rumano junto con *î*. Varios romances tienen una vocal de timbre semejante a la *ă* rumana (p.e. portugués, catalán, algunos dialectos italianos meridionales), como consecuen-

cia de una tendencia a reducir la sílaba átona y de suprimir las diferencias entre vocales no acentuadas. La *ă* apareció en rumano —según Sala— tras el cierre de *a* sin acento prosódico (lat. *casa* > *casă*) pero también cuando la *a* tónica era seguida de una *n* sencilla intervocálica o de *n* o *m* más consonante (lat. *canem* > *câine* “perro”, lat. *campus* > *câmp* “campo”); otro contexto que favoreció la ocurrencia de *ă* fue la presencia de una consonante (*r* forte o labial) ante *e*, *i* (lat. *reus* > rum. anti. *rău* “malo”, lat. *riuus* > *râu* “río”, lat. *melum* > *măr* “manzana”) (173). En cuanto a las consonantes, por ejemplo, las africadas: el italiano, rumano y el español cuentan con un fonema /č/; pero, el italiano y el rumano tienen, asimismo, /tʃ/, /ğ/ y el primero además /dz/, que existió en el rumano antiguo pero que se transformó en /z/. La antigua oposición entre /n/ y /nn/ se mantuvo en rumano pero transformándose la consonante simple en consonante débil y la geminada en fuerte. Como en español —nn— pasó a palatal, en rumano se convirtió en consonante fuerte. Al debilitarse la simple se transformó en un sonido intermedio entre *n* y *r*, denominado “n fricativa”, cuya transcripción en los textos antiguos es —nr—, —înr—, e incluso —r—, una suerte de rotacismo de —n— (180).

Los ejemplos recogidos en estas páginas y la perspectiva metodológica comentada al inicio de esta nota hacen del trabajo de Marius Sala un estudio que merece ser atendido por los interesados en la diacronía de alguna de las lenguas románicas. Es cierto que *Del latín al rumano* contiene reflexiones y algunos ejemplos que exigen más espacio y mayor detalle en su demostración que el asignado en el libro. Tal vez haya contribuido a ello el propósito general del trabajo. Pienso que en el texto hay una serie de premisas teóricas que deberían ser ponderadas a partir del desarrollo reciente de la filología románica y, en general, de la lingüística. Pero, al mismo tiempo, debo reconocer que el autor ofrece un claro testimonio de la utilidad metodológica de la perspectiva de trabajo iniciada por Diez y, por su intermedio, brinda al lector la oportunidad de apreciar los lazos que unen al rumano con el español y el conjunto de lenguas románicas. En suma, se trata de un libro que cuenta y cuenta bien.

BIBLIOGRAFÍA

Avram, Mioara/Sala, Marius

2001 *Connaissez-vous le roumain?*, Bucarest: Édition de la fondation culturelle roumaine/Union Latine.

Baldinger, Kurt/Rivarola, José Luis

1971 "Lingüística tradicional y fonología diacrónica", en: *Anuario de Letras IX*, 5-49.

Banniard, Michel

1997 *Du latin aux langues romanes*, Paris: Nathan.

Barra Jover, Mario

2001 "Corpus diacrónico, constatación e inducción", en: Jacob/Kabatek 2001, 177-197.

Coseriu, Eugenio

1978 *Sincronía, diacronía e historia*, Madrid: Gredos.

1982 *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid: Gredos.

Echenique, María Teresa

1987 *Historia lingüística vasco-románica*, Madrid: Paraninfo.

Ehler, Christine/Schaefer, Ursula (eds.)

1998 *Verschriftung und Verschriftlichung. Aspekte des Medienwechsels in verschiedenen Kulturen und Epochen*, Tübingen: Narr [ScriptOralia, 94].

Garatea Grau, Carlos

2002 "Variedad de tradiciones discursivas en *Orígenes del español* de Menéndez Pidal", en: Eduardo Hopkins (ed.): *Homenaje Luis Jaime Cisneros T.1*, Lima: PUCP, 193-222 [otra versión en Jacob/Kabatek 2001, 249-270]

2003 *El problema del cambio lingüístico en Menéndez Pidal. El individuo, las tradiciones y la historia*, Tübingen: Gunter Narr (en prensa).

Gauger, Hans-Martin

1982 "Orígenes de la lingüística románica", en: Hempel, Wido/ Briese-meister, Dietrich (eds.): *Actas del Coloquio hispano-alemán Ramón Menéndez Pidal (Madrid, 31 de marzo a 2 de abril de 1978)*, Tübingen: Niemeyer, 77-82.

- 1989 *Introducción a la lingüística románica*, Madrid: Gredos.
- Guillermou, Alain
1953 *Manuel de langue roumaine*. Paris: C. Klincksick.
- Iordan, Iorgu
1967 *Lingüística románica*, Madrid: Alcalá.
- Jacob, Daniel
1998 "Transitivität, Diathese und Perfekt: zur Entstehung der romanischen haben-Periphrasen", en: Gleiser, Hans/Jacob, Daniel (eds.): *Transitivität und Diathese in romanischen Sprache*, Tübingen: Niemeyer, 105-126.
- Jacob, Daniel /Kabatek, Johannes (eds).
2001 *Lengua medieval y tradiciones discursivas en la Península Ibérica. Descripción gramatical-pragmática histórica-metodología*, Frankfurt a.M: Vervuert [Lingüística iberoamericana,12].
- Koch, Peter
1997 "La diacronia quale campo empirico della semantica cognitiva", en: Carapezza, Marco/Gambarara, Daniele/Lo Piparo, Franco (eds.): *Linguaggio e cognizione. Atti del XXVIII Congresso della Società di linguistica italiana (Palermo, 27-29 ottobre 1994)*, Roma: Bulzoni, 225-246 [Società di Linguistica Italiana, 37].
2002 "Romanische Sprachgeschichte und Varietätenlinguistik", en: Ernst, A (ed.): *Romanische Sprachgeschichte*, Berlin/New York: de Gruyter (en prensa).
- Koch, Peter/Oesterreicher, Wulf
1990 *Gesprochene Sprache in der Romania: Französisch, Italienisch, Spanisch*, Tübingen: Niemeyer.
- Krefeld, Thomas
1999 "Cognitive ease and lexical borrowing: the recategorization of body parts in Romance", en: Blank, Andreas/Koch, Peter (eds.): *Historical Semantics and Cognition*, Berlin/New York: Mouton de Gruyter, 259-277 [Cognitive Linguistics Research, 13].
- Labov, William
1996 *Principios del cambio lingüístico*. Vol. 1: *Factores internos*, Madrid: Gredos.

Lüdtke, Helmut

1980 *Kommunikationstheoretische Grundlage des Sprachwandels*, Berlin/New York: de Gruyter.

Menéndez Pidal, Ramón

[1926]1986 *Orígenes del español*. Madrid: Espasa-Calpe.

Oesterreicher, Wulf

1996a "Gemeinromanische Tendenzen V: Morphosyntax", en: *Lexikon der Romanistischen Linguistik*, Vol. II/1, 273-309.

1996b "Gemeinromanische Tendenzen VI: Syntax", en: *Lexikon der Romanistischen Linguistik*, Vol. II/1, 309-355.

2000 "L'étude des langues romanes", en: Auroux, Sylvain (ed.): *Histoire des idées linguistique* 3, Liège & Sprimont: Mardaga, 183-192.

2002 "Historizität – Sprachvariation, Sprachverschiedenheit, Sprachwandel", en: Haspelmath, Martin/König, Ekkehard/Oesterreicher, Wulf/Raible, Wolfgang (eds.): *Language Typologie and Language Universals/ Sprachtypologie und sprachliche Universalien/La typologie des langues et les universaux linguistiques*, Vol. 2. T.2, Berlin/New York: de Gruyter, 1554-1595.

Pușcariu, Sextil

1943 *Die rumänische Sprache*. Leipzig: Otto Harrassowitz.

Rivarola, José Luis

1976 *Las conjunciones concesivas en español medieval y clásico*. Tübingen: Niemeyer.

Schlieben-Lange, Brigitte

1983 *Traditionen des Sprechens. Elemente einer pragmatischen Sprachgeschichtsschreibung*, Berlin/Köln/Mainz: Kohlhammer.

Selig, María/ Frank, Barbara/Hartmann, Jörg (eds.)

1991 *Le passage à l'écrit des langues romanes*, Tübingen: Gunter Narr [Script-Oralia, 46].

Tagliavini, Carlo

[1949]1993 *Orígenes de las lenguas neolatinas*. México: FCE.

Várvaro, Alberto

1988 *Historia, problemas y métodos en la lingüística románica*, Barcelona: Sirmio.